

Representaciones de género: el caso de un niño de cuarto grado de primaria

Representations of Gender: The Case of a Child in the Fourth Grade

Viviana Suárez Galvis*

Fecha de recepción: 15/06/2013

Fechas de aceptación: 08/08/2013

Resumen

Este artículo busca explorar las representaciones de género subyacentes en el discurso escrito de un niño de 9 años de edad. Para esto, se analizan tanto los elementos textuales (léxico, unidades conectivas, procesos verbales, formas de modalidad, etc.) como los elementos discursivos (relaciones contextuales, presuposiciones, implicaturas, mecanismos de coherencia global, etc.), relacionándolos con la práctica social (estructuras sociales, ideologías subyacentes). En primera instancia, se aborda teóricamente el tema de la construcción discursiva de las representaciones de género, para luego, en segundo lugar, mostrar mediante el análisis de un caso concreto las formas como estas se establecen dentro del discurso escrito.

Palabras clave: representaciones de género, discurso escrito, ideologías, elementos discursivos, elementos textuales.

Abstract

This article seeks to explore the underlying gender representations in the written discourse of a 9 year old. For this, both textual elements (vocabulary, connectives units, verbal processes, mode shapes, etc.) As the discursive elements (contextual relationships, presuppositions, implicatures, overall coherence mechanisms, etc.) Are analyzed by relating them to the social practice (social structures, underlying ideologies). Firstly, theoretically addresses the topic of the discursive construction of gender representations and then show by analyzing a specific case the ways they are established within the written discourse.

Keywords: representations of gender, written discourse, ideologies, discursive elements, text elements.

Introducción

El discurso, como práctica lingüística producida en una situación de interacción contextualizada, genera y, al mismo tiempo, reconstruye formas específicas de relación entre los sujetos, pero también entre los sujetos y su contexto. Calsamiglia y Tusón señalan que:

Hablar de discurso es, ante todo, hablar de una práctica social, de una forma de acción entre las personas que se articula a partir del uso lin-

güístico contextualizado, ya sea oral o escrito. El discurso es parte de la vida social y a la vez un instrumento que crea la vida social. (1999, p. 15)

Si algo caracteriza el discurso es su naturaleza social. En palabras de Van Dijk, “se considera a los usuarios del lenguaje como miembros de comunidades, grupos u organizaciones y se supone que hablan, escriben o comprenden desde una posición social específica” (1996, p. 15). El uso del lenguaje no es nunca descon-

* Magíster en Pedagogía de la Lengua Materna de la Universidad Francisco José de Caldas. Docente de básica primaria de la Secretaría de Educación de Bogotá. Miembro del grupo de Investigación Ágora. Correo: viviana2083@hotmail.com. Bogotá, Colombia

textualizado y no es nunca desinteresado, entraña una serie infinita de intencionalidades que se consolidan en los modelos mentales, los saberes y los valores compartidos por los miembros de una comunidad. En este sentido, corresponde a los discursos la función de producir, fijar y legitimar prácticas, modos de ver, de comportarse, de interactuar, de pensar, de comunicarse, entre personas específicas en contextos de actuación específicos.

Es también importante considerar al discurso como el escenario de las relaciones de poder de la sociedad; es decir, como el dispositivo que define las posiciones que el sujeto debe ocupar a partir de una base ideológica y que son dependientes de las relaciones de poder implícitas en las relaciones sociales. Es, por lo mismo, y en palabras de Wodak, que el “poder no solo viene señalado por las formas gramaticales existentes en el interior de un texto, sino también por el control que puede ejercer una persona sobre una situación social mediante el tipo de texto” (2003, p. 32). El lenguaje permite que el individuo se construya como sujeto con una representación determinada, pues la construcción del yo es una posibilidad que el mismo lenguaje le ofrece al expresar, irradiar y consolidar una identidad ideológica.

Teniendo en cuenta esto, y pasando de una vez a la representación de género, hay que señalar que el género es entendido aquí como un constructo social, cultural e histórico, y no como un estado biológico inherente al individuo, como sí es el sexo. La identidad de género es, por lo tanto, un proceso de construcción, reconstrucción y asimilación de una serie de prácticas interaccionales del individuo con su grupo social que definen sus roles sociales en este. Esta interpretación construida y aprendida socialmente da lugar a los denominados *roles de género*. Estos roles determinan las *representaciones de género*, las cuales sustentan las creencias o concepciones culturales acerca de las diferencias psicológicas y conductuales entre hombres y mujeres (Gross, 2000).

En las prácticas discursivas se crean, se consolidan y se reproducen las representaciones de género. El significado que cobra el género, el papel de mujeres y hombres, se construye en función de la ideología imperante en una estructura social determinada. De donde se signe que el análisis discursivo sea una herramienta fundamental para acceder a la construcción y, por supuesto, visualización de las representaciones de género en un grupo social.

Complementando la mirada anterior, se puede afirmar que en tanto:

El análisis crítico del discurso se propone conocer qué papel juegan las estructuras, las estrategias y otras propiedades que posee el texto, en la interacción verbal o en los eventos comunica-

tivos y sus “distintos modos de (re) producción de poder”. Por lo tanto, incluye el estudio de las relaciones que se dan al interior del discurso y su articulación con el contexto, para desentrañar cómo y qué expresan las diversas formas de ejercer poder y dominación, o de oponerse y crear resistencia a las formas de desigualdad social desde el discurso, expresión contundente de la manera como los hombres están configurando el pensamiento social. (Pardo, 2001, p. 169)

Por esto, el discurso resulta ser un instrumento necesario para develar las estructuras de poder enraizadas en los roles que se les asigna socialmente a hombres y mujeres dentro de los grupos sociales y, por eso, para dar a conocer las representaciones de género que son expresadas, constituidas, legitimadas y reproducidas por los usos lingüísticos y discursivos.

Análisis textual y discursivo: un niño de cuarto grado de primaria

Con el propósito de hacer visibles los modos como se construyen las representaciones de género en el discurso, a continuación se presenta un fragmento textual de la producción escrita de un niño de 9 años de edad, perteneciente a una Institución Educativa Distrital del norte de la ciudad. Este fragmento surge en el aula de clase, cuando a los niños (mujeres y hombres) se les solicita elaborar un escrito acerca del papel de las mujeres dentro la sociedad. Por lo genérico y sorprendente de los resultados, respecto a la consolidación de una ideología dominante del género masculino frente al femenino en estos escritos, resulta oportuno realizar su análisis, en términos textuales y discursivos.

En lo que concierne a lo textual:

las estructuras discursivas, la relación poder-discurso se puede explicar al poner en evidencia ciertas propiedades de la sintaxis, la morfología, la fonología, los procesos de construcción de significado y la pragmática de los eventos comunicativos, de manera que la comprensión de las distintas formas de poder será más o menos directa en los niveles de la estructura de la lengua. (Pardo, 2001, p. 174)

En la medida en que cualquier fracción del lenguaje puede verse como una forma de discurso en su dimensión ideológica, el fragmento que se analiza proporciona una idea sobre la articulación de la identidad femenina y la masculina dentro de un contexto social específico. El enunciado que da lugar a este análisis es el siguiente:

Las mujeres se deben ocupar de los queaseres [sic] de la casa. Mientras los hombres trabajan

duro las mujeres planchan la ropa, tienden la cama, lavan la ropa, barren, trapecan. Los *hombres* mantienen a la mujer para alimentarlas y darles el techo. Por eso las mujeres nacieron para dedicarse solo al oficio de la casa y recoger todo el regero [sic] al esposo, mientras el hombre trabaja duro para que la mujer coma y viva en un techo. Además la mujer también fue creada para hacer el amor, tener hijos, casarse, ser buenas esposas con los esposos, ellas son las que hacen felices a los hombres porque los atienden bien. Puede ser feo estar en la casa así, entonces cuando yo cuando [sic] esté de viaje, dejaré que mi esposa tenga un tiempo libre para trabajar. (Niño de 9 años, el niño resalta la palabra en cursiva con marcador anaranjado dentro de su escritura)

Dentro del texto coexisten diversos rasgos textuales que contribuyen a la conformación de un modelo de feminidad y de masculinidad arraigado en la concepción tradicional de la mujer como responsable del mantenimiento del hogar y al hombre como proveedor de estabilidad económica. De entrada, el léxico del texto muestra un énfasis en las estructuras de clasificación de género relacionando el rol femenino con la limpieza y el cuidado de los hijos y del esposo: “Quehaceres, oficio, reguero”. Estos sustantivos son acompañados con procesos verbales que se encargan de describir cada una de las acciones que deben desarrollar las mujeres dentro del hogar. Se encuentran verbos como: “planchar, tender, lavar, barrer, trapear, recoger, hacer, atender, trabajar”, los cuales son todos verbos predicativos que denotan acciones, en este caso, concretas o físicas. El hecho de que no se le asignen acciones abstractas a la mujer, significa que ella sigue siendo subordinada a complacer a otros mediante las cosas que realiza, pero incapaz de abstraerse de lo físico para trascender a dimensiones más profundas de la construcción humana.

A esto se suman las formas de modalidad usadas al inicio de la primera oración con el verbo “deber” (“Las mujeres se deben ocupar”), como indicativo de la presencia de una modalidad relacional, dado que al usarse el verbo modal “deber” se crea una oración indicativa de un estado de superioridad subordinada. Es decir, que a mediante el uso de este verbo se revela una obligación impuesta por un participante sobre el otro. En este caso, la obligación de las mujeres de realizar, no solo lo que los hombres esperan de ellas, sino también de corresponder a las tareas establecidas por la sociedad. De modo que, los hombres aparecen como superiores a las mujeres, y en tanto ellas inferiores en estatus y condición social, se encuentran sometidas a un deber impuesto socialmente.

Ahora bien, otra táctica usada en el discurso corresponde con lo que Van Dijk llama “una auto-presen-

tación positiva y una presentación negativa del otro” (1996, p. 39). Por ejemplo, el uso reiterado¹ del adjetivo “duro”, para explicar el modo como el hombre se ve obligado a trabajar fuertemente para sostener económicamente a la mujer, indica una necesidad por explicitar y reforzar un concepto que ayuda a presentar positivamente los roles masculinos, y que, además, sirve para dar una imagen cierta del hombre como víctima de una sociedad que lo instala como proveedor económico del hogar. Por su parte, la descripción de la mujer se aleja de adjetivaciones positivas concretas, solo en los casos en los que se busca definir la condición de la mujer desde un punto de vista relacional; es decir, cuando ella se describe como una “buena esposa” o como la “que hace feliz a los hombres” porque corresponde relacionalmente de manera correcta a las necesidades y las solicitudes masculinas.

El empleo de estas adjetivaciones, tanto en la descripción de hombres como de mujeres, demuestra que el niño desea sobresaltar las funciones de los hombres, creando un halo de respeto y admiración con las acciones que desarrolla. Se signe que las mujeres vienen a ser subsidiarias de sus “duros” esfuerzos y deben saber agradecer todos los sacrificios masculinos con su sumisión y obediencia desinteresada.

Esto no solamente queda claro en los adjetivos o los sustantivos usados para describir al grupo al que se pertenece (*ingroup*) y a los otros grupos (*outgroup*) y sus atributos, sino también en las estructuras complejas que relacionan a estos grupos con acciones, objetos, lugares, o acontecimientos específicos. (Van Dijk, 1996, p. 25)

Los hombres están asociados, en este discurso específico, con contextos externos, de forma que se utilizan expresiones como “sale” a trabajar y “está de viaje” para explicitar que el accionar del hombre está por fuera del hogar. Mientras que la mujer aparece en contextos internos, “la casa”, en los que se debe desarrollar personal y profesionalmente sin necesidad de ir a un afuera que le conceda libertad y autonomía: “Por eso las mujeres nacieron para dedicarse solo al oficio de la casa”.

En lo que respecta a las denegaciones², en la última parte del texto, el niño sitúa una oración que denota su aparente intención de congraciarse con la condición

¹ Se presenta un elemento de cohesión léxica llamado *repetición* que corresponde con el uso repetitivo de un término, sin hacer variación léxica, con el fin de reforzar un concepto (Martínez, 1997).

² Acciones de semántica local, que combinan estrategias ideológicas, para presentar positivamente al grupo de pertenencia (como tolerante y solidario con una condición del grupo ajeno) o mediante un rechazo aparente de un atributo negativo del grupo ajeno, pero en la segunda parte del argumento manifiesta explícitamente una propiedad negativa del grupo ajeno (Van Dijk, 1996).

que él mismo le ha otorgado a la mujer a lo largo de todo el escrito: “Puede ser feo estar en la casa así, entonces cuando yo cuando esté de viaje, dejaré que mi esposa tenga un tiempo libre para trabajar”. Pese a que la primera parte puede interpretarse como una forma de solidarizarse con la situación de la mujer dentro del hogar mediante el uso de un juicio de valor negativo hacia esta con el adjetivo “feo”, la segunda parte deja ver claramente que la oración es una jugada semántica local para conservar la apariencia de lo que “debe ser”, permitiéndose después la expresión de una serie de valoraciones negativas hacia la mujer bajo una situación normativa. De cualquier modo, esta concesión es únicamente aparente, si se toma en consideración la estrategia argumentativa en su totalidad. Por lo mismo solo en una oración nominal aislada aparece una referencia “aparente” de solidaridad con el género femenino. Así mismo, el empleo del “puede ser” indica la presencia de una cláusula no certera; es decir, de algo que puede bien darse o no darse dependiendo de ciertas condiciones implícitas presentes en el texto y que deben ser significadas por el lector.

También, el verbo “dejar”, usado para describir en este caso una acción futura, está mostrando que la mujer le pertenece connaturalmente al hombre y que su estado de subordinación a él la pone en una posición de dependencia absoluta a las decisiones masculinas. Ella trabajará y saldrá de la casa en la medida en que el hombre lo crea correspondiente con sus propósitos de que, además de realizar todas las labores del hogar, trabaje en sus “tiempos libres”.

Aquí se nota claramente que

la sintaxis marca relevancia, énfasis, disimulo y ocultamiento al formular desde el discurso, el orden y la posición jerárquica a los juicios o proposiciones expresadas. La posición y la función proposicional marcan presupuestos e implicaciones, que completan o modifican el sentido final del discurso (Pardo, 2001, p. 176).

En relación con los recursos de cohesión, desde el punto de vista de los conectores en el texto, se resalta el empleo de marcadores de diferente clase: causativos (por eso), aditivos (además), temporales (mientras) y consecutivos (entonces), utilizados en diferentes momentos del discurso para atender a diferentes propósitos. Por ejemplo, “por eso” se emplea como referencia anafórica para ratificar las causas por las que las mujeres están destinadas a dedicarse a atender al hombre, pues esta es la manera de retribuir a lo que hacen los hombres por ellas dándoles techo y alimentándolas. Así mismo, este marcador de orden causativo genera nuevamente un enlace de cohesión léxica centrado en la reiteración de conceptos como mecanismo para faci-

tar un desarrollo proposicional que enfatice en el papel de la mujer como responsable del mantenimiento del hogar, en términos de limpieza, cuidado y complacencia de otros.

Además, esta reiteración se encuentra relacionada con la ordenación de las oraciones, pues cabría advertir que en la estructura general del texto, y en cada una de las oraciones de modo particular, las mujeres aparecen como *agentes sujeto* de las acciones predicativas, siempre estando en posición inicial en las proposiciones. Con esto se fuerza que el significado represente directamente su protagonismo en el modelo, no por ser ideológicamente consideradas como las más importantes, sino porque lo que busca el niño es resaltar su rol dependiente en relación con el hombre.

El marcador aditivo “además” se presenta con el fin de agregar información adicional a la ya proporcionada anteriormente acerca del rol de la mujer dentro de la sociedad, describiendo una serie de nuevas funciones que le corresponden en el hogar, tales como: “hacer el amor, tener hijos, casarse, ser buenas esposas con los esposos y hacer felices a los hombres atendiéndolos bien”.

La estructura de esta oración indica, que lo que anteriormente se había presentado mediante la estrategia de cohesión léxica llamada generalización, donde se usó el término “oficio” como el sustantivo para generalizar la referencia e incluirla dentro de una clase genérica, posibilitando la expansión semántica del significado del término, ahora se explícita nombrando una a una las funciones adicionales de la mujer en la casa, para mostrar, de esta manera, que la información nueva complementa las ocupaciones que se le quieren atribuir a la mujer. Pues, además de “planchar, tender, lavar, barrer, trapear, recoger, atender, trabajar”, a las mujeres también les corresponde “hacer el amor, tener hijos, casarse, ser buenas esposas con los esposos” y hacer felices a los hombres atendiéndolos bien.

Por otra parte, el marcador textual de orden temporal “mientras” funciona para diferenciar las ocupaciones de las mujeres con relación a las de los hombres. De modo que, por un lado, aparecen las labores que deben desarrollar ellas con el objeto de corresponder a otras que generosamente están llevando a cabo los hombres.

Van Dijk (2008) recomienda estar atentos al modo en que la información más importante de los enunciados se pone en las cláusulas principales, mientras que en las subordinadas aparece la información que el niño considera menos relevante. Esta pista de análisis es muy útil para considerar el modo como el indicador lingüístico “entonces” entra en la última oración con la intención de suavizar una información que se ha presentado anteriormente y a la que no se le quiere dar mucha rele-

vancia dentro del discurso. Así que la oración se atenúa introduciendo una frase paliativa inmediatamente después del “entonces” que hace olvidar al lector la referencia semántica anterior.

A todas luces, el texto analizado presenta una estructura enteramente cohesiva en el nivel micro y macro, mostrando los componentes sintácticos, léxicos y semánticos que permiten la creación de una estructura macroproposicional temática profunda y coherente relacionada con la mujer como sujeto inferior y subordinado al hombre. De forma que los enlaces de cohesión tanto léxicos como gramaticales usados por el niño atienden a una intencionalidad que, como se vio, no solo es lingüística, sino también discursivamente ideológica.

Por otra parte, hay que señalar que el subrayado que emplea el niño sobre la palabra “hombres” en la tercera oración es indicativo del valor ideológico superior que le otorga él al género masculino sobre el femenino y, por ende, a la importancia macroestructural del género masculino dentro del discurso, de manera tal que los juicios valorativos se proyectan en los significados de las estructuras lingüísticas, discursivas e incluso físicas que él construye. Es pues latente, a partir de lo anterior, que la importancia y la relevancia que se le otorga a la información dentro de un discurso está controlada siempre ideológicamente, inclusive por el uso de marcadores externos, como, en este caso, el resaltado de palabras.

Los rasgos textuales analizados vienen a construir un tipo de discurso donde cobra forma un modelo de identidad de género caracterizado por una representación social de la mujer como subordinada al dominio y el poder del otro género, el masculino, el cual es, por su parte, el encargado de administrarle sus derechos y libertades y quien le asigna las funciones que debe desempeñar en el hogar para cumplir con el objetivo de satisfacerlo plenamente. La construcción de la representación masculina está arraigada a un modelo de hombre dominante, cuyo rol está centrado en la manutención económica de la mujer, y que, por ello, aparece como el merecedor del respeto, la admiración y la sumisión del género femenino.

Se evidencia cómo el discurso de este niño encierra una serie de creencias, representaciones, modelos y actitudes que legitiman la concepción que el hombre es superior a la mujer en inteligencia, capacidad y derechos, asignándole a esta marcadas características de inferioridad. Además, dispone ciertas labores como específicas de los hombres, como las de trabajar y aportar dinero, y otras para mujeres, como las de limpieza (barrer, cocinar, planchar...) y las del cuidado de niños y hombres.

Algunas implicaturas que se actualizan en el texto arrojan luz sobre el papel que el niño le otorga las mujeres y a su relación con ellas. De la información presentada en el siguiente texto: “ellas son las que hacen felices a los hombres porque los atienden bien”, por ejemplo, se puede inferir que si la mujer no asume una actitud sumisa y hacendosa en el hogar, será considerada como una mala mujer incapaz de hacer feliz a su esposo, pues no está cumpliendo con las funciones para las que ha sido predeterminada.

Otra implicatura que se puede hacer es que este niño ha sido educado en un contexto familiar que ha transmitido y enseñado modelos de crianza donde el hombre es quien tiene poder de decisión y elección; quien puede mandar y ordenar, conquistar y proponer en las relaciones afectivas y sexuales; quien debe recibir mayor retribución económica, entre otras creencias. Esta representación entraña un fuerte competente social y cultural, pues mediante los discursos escolares, familiares y mediáticos el niño ha ido consolidando este discurso patriarcal, de modo que lo asume como algo natural. Es decir, acepta que biológicamente las mujeres son frágiles, dependientes e incapaces para desarrollar determinados trabajos. Se considera, además, a partir de la presencia generalizada de esta ideología dentro de las prácticas discursivas del grupo de niños y niñas de cuarto grado de esta institución educativa distrital, que el concepto de masculinización sigue estando permeado por una ideología de supremacía y dominancia frente al género femenino. A causa de ello, parece natural aludir que la representación de género es también una característica importante de los contextos y es muy cierto que, muchas veces, esto puede marcar la presencia o ausencia de marcas discursivas que entrañan dominación.

Bajo este marco cobran valor las palabras de Angelot en relación con los repertorios, reglas y la topología específica que se arraiga dentro del discurso social y que le confiere (o no) posiciones de influencia y prestigio a entidades discursivas, asignando estilos, formas y argumentos que son aceptables ideológicamente. En sus propias palabras,

La hegemonía puede percibirse como un proceso que tiene efecto de “bola de nieve”, que extiende su campo de temáticas y de saberes aceptables imponiendo “ideas de moda” y parámetros narrativos o argumentativos, de modo que los desacuerdos, los cuestionamientos, las búsquedas de originalidad y las paradojas se inscriben también en referencia a elementos dominantes, confirmando la dominancia aun cuando traten de disociarse u oponerse a ella. (2010, p. 61)

Así, pese a que en este país se ha venido intentando desde hace varios años construir un marco que permita

la consolidación de relaciones equitativas entre hombres y mujeres, se puede advertir que la densidad ideológica conduce más bien a una ratificación de la representación social del género desde el poder y la subordinación, del género femenino, frente al dominio y poder del otro género, el masculino. Esta construcción social de género ha conducido a la creación de desigualdades sociales de género que pese a los esfuerzos de los grupos feministas y a un sinnúmero de personas que acompañan la iniciativa de equiparar los derechos femeninos y masculinos dentro de nuestra sociedad, se siguen consolidando las dominancias discursivas e ideológicas en torno a un sistema hegemónico patriarcal, incluso desde la básica primaria.

Esta situación resulta preocupante si se considera que las ideologías subyacentes en las prácticas discursivas tienen un fuerte efecto tanto en el nivel micro, el de las interacciones cotidianas, como en el nivel macro, en el del posicionamiento global frente al mundo de los miembros de los grupos sociales. En este sentido, el proceso de formación de identidades termina determinando las oportunidades y limitaciones que tendrá cada individuo, según su género, para desarrollarse: su acceso a las oportunidades, su capacidad para la toma de decisiones, sus posibilidades de crear y de proponer formas eficientes de hacer las cosas, pero también determina las posibilidades de desarrollo sostenible para el colectivo en el cual se desarrolla.

Lo anterior se justifica, por un lado, por la potencia que tienen los discursos para ir consolidando ideologías dentro de los grupos sociales de manera que terminan naturalizándose y transmitiéndose de una generación a otra sin que las prácticas de resistencia y oposición tengan mucho que hacer. Por otro lado, por el modo como las ideologías parecen tomar cuerpo en lo real mediante actos y comportamientos concretos que dan cuenta de las bases ideológicas sobre las que están constituidos los discursos. La ideología no solo produce representaciones, sino también modelos de prácticas y comportamientos, esto sucede porque las dominancias discursivas y las ideologías operan como *self-fulfilling prophecies*; es decir, como fantasmas discursivos que terminan por encarnarse en lo real (Angenot, 2010).

Conclusiones

El análisis realizado permite observar el proceso de construcción de representación de género dentro de las

prácticas discursivas en un niño de cuarto de primaria, determinando las ideologías subyacentes en sus usos lingüísticos en lo referente a las relaciones entre hombres y mujeres dentro de nuestra sociedad.

En resumidas cuentas, los sustentos teóricos y los análisis presentados en este artículo sugieren que el discurso se constituye durante un proceso de producción o comprensión de las representaciones sociales, y que, por ende, es capaz de encarnar las opiniones que derivan las ideologías subyacentes. Así que, como lo ha señalado Van Dijk, desde el nivel básico de lexicalización hasta la más elaborada estructura discursiva, como, por ejemplo, las implicaturas, los elementos de coherencia, las relaciones entre proposiciones, las macroestructuras temáticas, en fin, todas las estructuras textuales y semánticas del discurso pueden emitir valoraciones ideológicas concretas de grupos sociales específicos sobre la construcción de la identidad de género u otros tópicos de la experiencia social humana.

Referencias

- Angenot, M. (2010). *El discurso social*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Calsamiglia, H. y Tusón, A. (1999). *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*. Madrid: Ariel Ed.
- Gee, P. (2005). *La ideología en los discursos*. Madrid: Editorial Morata.
- Gross, R. (2000). *Psicología: la ciencia de la mente*. México: Editorial Manual Moderno.
- Martínez, M. C. (1997). *Análisis del discurso*. Cali: Univalle.
- Pardo, N. (2001). *Análisis del discurso en las ciencias sociales*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Van Dijk, T. (1996). Análisis del discurso ideológico (Trad. Ramón Alvarado). *Versión*, 6, 15-43
- Van Dijk, T. (2008). Semántica del discurso e ideología. *Discurso y Sociedad*, 2(1), 201-261.
- Wodak, R. y Meyer, M. (2003). *Métodos de análisis crítico del discurso*. Barcelona: Gedisa.